

Celestina en el infierno Tino Pertierra

Reseña aparecida en el suplemento cultural de *La Nueva España* (Asturias)

Tras demostrar su maestría en las distancias cortas con *Oposiciones a la Morgue* y otros ajustes de cuentas (1995) y *Muertos S. A.* (2005), Luis García Jambrina (Zamora, 1960) se pasa al maratón de la novela con *El manuscrito de piedra* (Alfaguara). Lo más importante: las virtudes del buen trapequista narrativo (precisión, equilibrio y firmeza) no sólo se mantienen, sino que se desarrollan en las trescientos y pico páginas que ahora ven la luz.

Y con triple salto mortal: en esta sociedad literaria española tan dada a poner etiquetas con pringosa facilidad, un autor que se atreva a elegir semejante título con semejante trama (finales del siglo XV, el estudiante Fernando de Rojas, autor de *La Celestina*, investiga el asesinato de un catedrático de Teología en Salamanca) sabe que se expone a ser enviado por los tribunales críticos a las catacumbas de la reciente y exitosa novela histórico-policiaca-esotérica. El valor (en todos los sentidos) de García Jambrina horada esa montaña de prejuicios y levanta los andamios de una narración que resalta las dotes de un buen intrigante, de un magnífico sastre de intrigas. Empeñado en desatascar las arterias de una literatura española que suele mirar al pasado para banalizarlo o emborronarlo, García Jambrina se pone el mono de trabajo para urdir una trama de ecos negros con recovecos inspirados en la fantasía que esconde la realidad. Ahí es nada: convertir una figura tan misteriosa como Fernando de Rojas en un detective creíble, alejado de los estereotipos y chorradas con los que el escritor de ambiciones multiventas suele evocar a figuras verdaderas dándoles un barniz «moderno» con permiso de Raymond Chandler o Conan Doyle. Pero si ese protagonista es un logro que a buen seguro ha costado sangre, sudor y lágrimas al autor, la reconstrucción de un mundo que ya sólo existe en los libros se convierte en el triunfo más memorable que reseñar. Un mundo que se desarrolla en el laberinto no siempre expuesto de una Salamanca fascinante en tiempos cargados de zozobra y expectación, de miedos y esperanzas, de miserias y belleza, de odios y amores, de furia y comprensión. Sin cinismos al uso ni prepotencias en desuso, García Jambrina eleva su narración por encima del cauce novelesco en el que se ahogan tantas y tontas buenas intenciones, para conseguir que su novela no se lea sólo como un divertidísimo juego de espejos, sino como una invocación honesta y entusiasta a poner el Humanismo como barricada contra la intolerancia y la apatía cívica. Ese mensaje que se cuela entre las rendijas de la historia pone un marco brillante a una obra que divulga sin golpearlos con erudición baldía, que dialoga con justa abundancia y que dibuja personajes secundarios con extremada habilidad para el trazo urgente y decisivo. En definitiva, una novela que respira y transpira inteligencia sin hacer alarde de ella. Que tiene las cosas claras y no se mete en espesuras estéticas de cara a la galería. Una obra que sólo admite una etiqueta: la mejor novela del año.